Justicia Palestina

MAHATMA GANDHI

GILLES DELEUZE

seriecero

MAHATMA GANDHI
GILLES DELEUZE

JUSTICIA PALESTINA

s e r i e c e r o

Índice

Introducción 7

Los judíos (1938),
Mahatma Gandhi 9

Los judíos y Palestina (1946),
Mahatma Gandhi 17

Las piedras (1988),
Gilles Deleuze 21

bauplan cumple tres años. Fue una idea, como tantas, surgida durante los encierros domiciliarios del covid19, una idea que se gesta y materializa con el inicio de lo que parece que va a ser una locura de década. Cumplimos ahora tres años desde nuestro primer título, coincidiendo con el falso apaciguamiento de la catástrofe en Gaza. Hemos ido añadiendo materia a la idea original de hacer libros —ciertos libros— al tiempo que se la mermaban a los gazatíes. Nos hemos asomado al abismo del siglo XXI, a la vez que revisábamos textos, discutíamos tipografías o el gramaje de un papel. Queremos ahora rendir homenaje a los cientos de miles de personas desarmadas, aterrorizadas y hambrientas cuyo deambular entre escombros difícilmente podremos borrar de la memoria. Hemos ido, entretanto, planteando la posibilidad de forjar una identidad, un catálogo, a tientas, pensando en el ensayo como género de escritura, en el método y el arte, la investigación y el debate. Francesca Albanese cree que la cifra real de víctimas del asedio a Gaza se obtiene de multiplicar por diez la cifra oficial. Gente sepultada. Gente que no va a ser reclamada porque quienes más interés tendrían en hacerlo están sepultados también.

Con la publicación de este cuaderno queremos expresar nuestra solidaridad hacia el infortunio de encontrarse atrapado entre la mística de la autoinmolación sacrificial y la atroz industria genocida, su tecnología inconcebible. Una despiadada superproducción hollywoodiense (Deleuze).

Está bien documentado el debate que protagonizaron Gandhi y Nehru a propósito de la paz y del terror como estrategias para librarse del Imperio británico. Para Gandhi, el pacifismo era un imperativo espiritual irrenunciable, al tiempo que reconocía la imposibilidad de superar al invasor en brutalidad y violencia. Al Imperio había que desarmarlo moral e ideológicamente. No estamos seguros de que les hubiera funcionado a los judíos frente a los nazis. Ni que les pudiera funcionar a los palestinos frente a los israelíes y *sus locos rabinos* (Deleuze de nuevo).

Celebramos nuestro aniversario con congoja y tristeza por lo que hemos visto en este breve periodo, y por lo que nos tememos que aún nos queda por ver. Pero celebramos también con alegría y esperanza, porque estamos aquí, ahora, componiendo este texto, pensando en los miles que podrían leerlo, en los que han leído ya cosas nuestras, en vosotros.

LOS JUDÍOS

1938

He recibido varias cartas en las que se me pedía que declarara mi opinión sobre la cuestión árabe-judía en Palestina y sobre la persecución de los judíos en Alemania. No sin vacilación, me aventuro a expresar mi perspectiva sobre esta cuestión tan compleja.

Simpatizo del todo con los judíos. Los he conocido íntimamente en Sudáfrica. Algunos se han convertido en amigos para toda la vida y, a través de ellos, he llegado a aprender mucho sobre su persecución a lo largo de los siglos. Han sido los parias del cristianismo. El trato de los cristianos hacia los judíos y el de los hindúes hacia los intocables son muy parecidos; en ambos casos se ha invocado la sanción religiosa para justificar el trato inhumano que se les ha infligido. Por tanto, aparte de la amistad, existe una razón más universal para mi simpatía hacia los judíos.

Pero esta simpatía no me ciega ante las exigencias de justicia. El clamor por un hogar nacional para los judíos no me convence completamente. Busca su justificación en la Biblia y en la tenacidad con la que han anhelado regresar a Palestina. ¿Por

qué no pueden, como otros pueblos de la tierra, hacer del país donde han nacido y se ganan el sustento su hogar?

Palestina pertenece a los árabes en el mismo sentido en que Inglaterra pertenece a los ingleses o Francia a los franceses. Es erróneo e inhumano imponerles los judíos a los árabes. Lo que está sucediendo hoy en Palestina no puede justificarse mediante ningún código moral de comportamiento. Sus mandamientos no tienen otro fundamento que el de la última guerra. Sin duda, sería un crimen contra la humanidad reducir a los orgullosos árabes para que Palestina pudiera así ser restituida a los judíos, parcial o totalmente, como su hogar nacional.

El camino más noble sería insistir en la reivindicación de un trato justo para los judíos dondequiera que nazcan y se críen. Los judíos nacidos en Francia son franceses exactamente como lo son los cristianos nacidos en Francia. Si los judíos no tienen ningún otro hogar más que Palestina, ¿acogerán con agrado la idea de verse obligados a abandonar las otras partes del mundo en las que se han establecido? ¿O quieren un hogar doble para elegir a voluntad dónde permanecer? Este clamor por un hogar nacional proporcionaría entonces una aparente justificación para su expulsión de Alemania.

Pero la persecución alemana de los judíos parece no tener parangón en la historia. Los tiranos de antaño nunca enloquecieron tanto como parece haberlo hecho Hitler. Y lo está haciendo con celo religioso, ya que está propugnando una nueva religión de na-

cionalismo excluyente y militante, en cuyo nombre cualquier inhumanidad se convierte en un acto de humanidad digno de recompensa, aquí y en el más allá. El crimen de un joven obviamente loco, aunque intrépido, está recayendo sobre los judíos con una ferocidad increíble.[1] Si pudiera haber una guerra justificable en nombre de la humanidad y a favor de esta, la emprendida contra Alemania para impedir la persecución desenfrenada de los judíos estaría completamente justificada. Pero yo no creo en ninguna guerra. Una discusión sobre las ventajas y desventajas de tal guerra queda, por tanto, fuera de mi horizonte o competencia.

Pero si no puede haber una guerra contra Alemania, ni siquiera la motivada por un crimen como el que se está cometiendo contra los judíos, ciertamente tampoco podrá haber ninguna alianza con Alemania. ¿Cómo puede darse una alianza entre una nación que afirma defender la justicia y la democracia y otra que es enemiga declarada de ambas? ¿O es

---

1 Gandhi hace aquí referencia a los acontecimientos ligados a la *Kristallnacht* o Noche de los Cristales Rotos, el pogromo conducido por el Estado nazi contra judíos de Alemania, Austria y los Sudetes entre los días 9 y 10 de noviembre de 1938. El detonante de la supuesta indignación popular espontánea fue el asesinato del diplomático alemán en París, Ernst vom Rath, a manos de Herschel Grynszpan —el «joven obviamente loco» del que habla Gandhi—, como represalia por la deportación de sus padres y miles de otros judíos polacos. Esa noche ardieron miles de sinagogas y otros lugares de culto, fueron arrestadas e internadas en campos más de 30.000 personas y se produjeron cientos de asesinatos y suicidios.

que Inglaterra se está deslizando hacia una dictadura armada, con todo lo que ello implica?

Alemania está mostrando al mundo con qué eficacia puede ejercerse la violencia cuando esta no se ve frenada por ninguna hipocresía ni debilidad disfrazada de humanitarismo.

También está mostrando cuán horrenda, terrible y aterradora se ve en su desnudez.

¿Pueden los judíos resistir esta persecución organizada y sin escrúpulos? ¿Hay alguna manera de preservar su dignidad y hacer que no se sientan indefensos, abandonados y desamparados? Yo sostengo que sí.

Ninguna persona que tenga fe en un Dios vivo debe sentirse impotente o desconsolado; el Jehová de los judíos es un dios más personal que el de los cristianos, los musulmanes o los hindúes, aunque, de hecho, en esencia, es igual a ellos, indivisible, único, situado más allá de toda comprensión. Pero, puesto que los judíos atribuyen una personalidad a Dios y creen que rige cada una de sus acciones, no deberían sentirse impotentes. Si yo fuera judío, hubiese nacido en Alemania y me ganara allí la vida, reivindicaría Alemania como mi hogar, igual que podría hacerlo el mejor considerado de los alemanes gentiles, y les desafiaría a dispararme o encerrarme en una celda; me negaría a ser expulsado o sometido a un trato discriminatorio. Y para hacerlo no esperaría a que mis compañeros judíos se unieran a mí en la resistencia civil, sino que confiaría en que al final los demás seguirán mi ejemplo. Si un judío o todos los judíos aceptasen la prescripción aquí ofrecida, ni él ni ellos

estarían peor de lo que están ahora. Y el sufrimiento asumido voluntariamente les aportaría una fuerza interior y una felicidad que ninguna muestra de solidaridad proveniente del exterior —por muchas que fueran— podría infundirles. De hecho, incluso si Inglaterra, Francia y Estados Unidos declararan la guerra a Alemania, ello no podría aportarles ninguna fuerza interior ni felicidad. La violencia calculada de Hitler quizá diese lugar a una masacre general de judíos, como primera respuesta, a la declaración de tales hostilidades. Pero si la mente judía fuera capaz de prepararse para este sufrimiento voluntario, incluso la masacre que acabo de imaginar podría llegar a convertirse un día en agradecimiento y alegría por el hecho de que Jehová hubiera obrado la liberación de su raza de las manos del tirano. Pues para el temeroso de Dios la muerte no es motivo de temor. Es un sueño gozoso, que será seguido por un despertar tanto más reparador cuanto más tiempo haya durado.

Apenas será necesario señalar que es más fácil para los judíos que para los checos seguir mi consejo. Y tienen en la campaña india de *satyagraha* [resistencia no violenta] en Sudáfrica un paralelismo exacto. Allí, los indios ocupaban precisamente el mismo lugar que los judíos ocupan en Alemania. La persecución tenía también un tinte religioso. El presidente Kruger solía decir que los cristianos blancos eran los elegidos de Dios y que los indios eran seres inferiores creados para servir a los blancos. Una cláusula fundamental de la Constitución de Transvaal establecía que no debía haber igualdad entre los blancos y las razas de color, incluidos los asiáticos; también

allí los indios eran confinados en guetos. Las otras prohibiciones eran muy similares a las que se aplicaban sobre los judíos en Alemania. Los indios, apenas un puñado de nosotros, recurrimos al *satyagraha* sin ningún respaldo del mundo exterior, ni siquiera del Gobierno indio. De hecho, los funcionarios británicos intentaron disuadir a los *satyagrahis* de dar un paso más en su camino. Tras ocho años de lucha, la opinión mundial y el Gobierno indio acudieron en su ayuda. Y lo hicieron por presión diplomática, no por la amenaza de una guerra.

Pero los judíos de Alemania podrían ofrecer su *satyagraha* bajo auspicios infinitamente mejores que los indios de Sudáfrica. Los judíos son una comunidad compacta y homogénea en Alemania. Están mucho más dotados que los indios sudafricanos. Y cuentan con el respaldo de una opinión mundial bien organizada. Estoy convencido de que si surgiera entre ellos alguien con coraje y visión para guiarlos en la acción no violenta, el invierno de su desesperación podría transformarse, en un abrir y cerrar de ojos, en el verano de la esperanza. Y lo que hoy se ha convertido en una degradante cacería humana podría transformarse en una resistencia calma y decidida, ofrecida por hombres y mujeres desarmados que posean la fuerza frente al sufrimiento que les otorga Jehová. Solo entonces será una verdadera resistencia religiosa levantada contra la furia impía del hombre deshumanizado. Los judíos alemanes alcanzarán una victoria duradera sobre los gentiles alemanes en el sentido de haberlos convertido en partidarios de la dignidad humana. Habrán prestado un servicio a sus

compatriotas alemanes y demostrado su condición de verdaderos alemanes frente a aquellos que hoy están arrastrando por el fango, aunque sea inconscientemente, el nombre de Alemania.

Y ahora quisiera decir unas palabras sobre los judíos en Palestina. No tengo ninguna duda de que están procediendo de manera equivocada: la Palestina de la visión bíblica no es una extensión geográfica, sino que está en sus corazones. Pero si miran a la Palestina geográfica como su hogar nacional, es un error entrar en ella bajo la sombra de las armas británicas. Un acto religioso no puede realizarse con la ayuda de la bayoneta o la bomba. Solo pueden establecerse en Palestina apelando a la buena voluntad de los árabes. Deberían tratar de transformar el corazón árabe. Es el mismo Dios el que gobierna el corazón árabe y el judío. Pueden ofrecer *satyagraha* frente a los árabes y mostrarse dispuestos a ser fusilados o arrojados al Mar Muerto sin levantar un dedo siquiera contra ellos. Encontrarán la opinión mundial a favor de su aspiración religiosa. Existen cientos de formas de razonar con los árabes, si tan solo desecharan la ayuda de la bayoneta británica. Tal como están las cosas, son copartícipes junto a los británicos en el expolio de un pueblo que no les ha hecho nada malo.

No estoy defendiendo los excesos árabes. Desearía que hubieran elegido el camino de la no violencia para resistir lo que consideraban con razón una usurpación injustificable de su territorio. Sin embargo, según los cánones aceptados sobre el bien y el mal, nada puede decirse contra la resistencia árabe frente a una abrumadora desigualdad.

Que los judíos que afirman ser la raza elegida demuestren serlo tomando el camino de la no violencia para reivindicar su posición en la tierra. Todos los países son su hogar, incluida Palestina, pero no mediante la agresión, sino mediante el servicio amoroso. Un amigo judío me ha enviado un libro titulado *La contribución judía a la civilización*, de Cecil Roth. Ofrece un registro de lo que los judíos han hecho para enriquecer la literatura, el arte, la música, el teatro, la ciencia, la medicina, la agricultura… del mundo. Si hay voluntad, el judío puede negarse a ser tratado como el paria de Occidente, negarse a ser tratado con desprecio o condescendencia. Puede concitar la atención y el respeto del mundo comportándose como hombre, la criatura elegida de Dios, en lugar de hombre como el ser que se hunde rápidamente en la bestia y es abandonado por Dios; puede, en fin, añadir a sus muchas contribuciones la contribución suprema de la acción no violenta.

Segaon, 20 de noviembre de 1938

Publicado en *Harijan*, el 26 de noviembre de 1938 bajo el título «The Jews». Recogido en *The Collected Works of Mahatma Gandhi*, vol. LXVIII (1938-1939), Nueva Dehli, Servicio de Publicaciones del Gobierno de la India, 1977, pp. 137-141.

LOS JUDÍOS Y PALESTINA

1946

Hasta ahora me he abstenido de decir prácticamente nada en público sobre la controversia judeo-árabe. Lo he hecho por buenas razones. Esto no significa que no me interese el tema, sino que no me considero suficientemente preparado para ello. Por algún motivo, he intentado evadir muchos acontecimientos mundiales. Sin ánimo de airear mis opiniones al respecto, ya tengo suficientes frentes abiertos. Pero cuatro líneas de una columna periodística me han bastado para recordar la carta de un amigo que incluía un recorte que, de no haber sido por él, me habría pasado desapercibido. Es cierto que dije algo parecido durante una larga conversación con Mr. Louis Fischer sobre el tema. Creo firmemente que los judíos han sido cruelmente agraviados por el mundo. «Gueto» es, que yo sepa, el nombre que los asentamientos judíos reciben en muchas partes de Europa. De no ser por su cruel persecución, probablemente nunca se habrían planteado regresar a Palestina. El mundo debería haber sido su hogar, aunque solo fuera por su notable contribución a hacer de él un lugar mejor.

Pero, en mi opinión, han cometido un grave error al intentar imponerse en Palestina con la ayuda de Estados Unidos y Gran Bretaña, más aún ahora sirviéndose abiertamente del terrorismo. Su ciudadanía cosmopolita debería haberlos convertido —y habrían terminado siéndolo— en huéspedes de honor de cualquier país. Su frugalidad, su talento diverso y su gran laboriosidad los habrían hecho bienvenidos en cualquier lugar. Es una mancha para el mundo cristiano que se les haya señalado de modo tan prejuicioso, todo por una lectura errónea del Nuevo Testamento. «Si un judío comete un error, el mundo judío en su totalidad tiene la culpa». Si un judío como Einstein hace un gran descubrimiento y otro compone una sinfonía insuperable, el mérito es de los autores, no de la comunidad a la que pertenecen.

A nadie extrañará que me solidarice con los judíos en su triste y nada envidiable situación. Pero uno podría pensar que la adversidad les habría enseñado lecciones de paz. ¿Por qué tienen que depender del dinero estadounidense o de las armas británicas para imponerse en una tierra inhóspita? ¿Por qué recurrir al terrorismo para asegurar un desembarco por la fuerza en Palestina? Si adoptaran el arma incomparable de la no violencia, cuyo uso enseñaron sus mejores profetas —y que Jesús, el judío que llevó con valentía la corona de espinas, legó a un mundo afligido—, su causa sería la del mundo y no dudo de que, entre las muchas cosas que los judíos han dado a la humanidad, esta sería la mejor y la más brillante. Sería una bendición do-

ble. Los haría felices y ricos en el verdadero sentido de la palabra, y supondría un bálsamo reconfortante para un mundo doliente.

Panchagani, 14 de julio de 1946

Publicado en *Harijan*, el 21 de julio de 1946 bajo el título «The Jews and Palestine». Recogido en *The Collected Works of Mahatma Gandhi*, vol. LXXXIV (abril-julio 1946), Nueva Dehli, Servicio de Publicaciones del Gobierno de la India, 1981; p. 440 s.

LAS PIEDRAS

1988

Europa no ha empezado todavía a saldar la deuda infinita que tiene con los judíos, pero se la está haciendo pagar a un pueblo inocente: los palestinos.

Los sionistas han construido el Estado de Israel sobre el pasado reciente de su suplicio, el inolvidable horror europeo, pero también sobre el sufrimiento de este otro pueblo, con las piedras de este otro pueblo. El Irgún fue calificado de terrorista no solo porque hizo saltar por los aires el cuartel general inglés, sino porque destruía aldeas y aniquilaba poblaciones.

Los americanos, sin reparar en gastos, hicieron de ello toda una superproducción hollywoodiense. El Estado de Israel se establecía en una tierra vacía, que esperaba desde hacía mucho tiempo al antiguo pueblo hebreo, con unos pocos fantasmas árabes venidos de otra parte, guardianes de piedras dormidas. Se arrojaba al olvido a los palestinos. Se les conminaba a reconocer la legitimidad del Estado de Israel, mientras que los israelíes no dejaban de negar el hecho real concreto del pueblo palestino.

El pueblo palestino sostuvo él solo, desde el principio, una guerra que aún no ha terminado para defender su propia tierra, sus propias piedras, su propia

vida: esa primera guerra de la que no se habla, tan importante es hacer creer que los palestinos son árabes venidos de otra parte, a la que pueden regresar. ¿Quién desenredará todas estas Jordanias? ¿Quién dirá que, aunque el vínculo entre un palestino y cualquier otro árabe sea fuerte, no lo es más que el que existe entre dos países de Europa? ¿Y qué palestino puede olvidar lo que otros árabes le han hecho padecer, tanto como los israelíes? ¿Cuál es el nudo de esta nueva deuda? Expulsados de su tierra, los palestinos se instalaron allí donde al menos todavía podían verla, conservando esa visión como un último contacto con su ser alucinado. Jamás los israelíes podrían empujarlos lo bastante lejos, hundirlos en la noche, en el olvido.

Destrucción de aldeas, explosión de casas, expulsiones, asesinatos: una horrible historia recomenzaba sobre las espaldas de los nuevos inocentes. Los servicios secretos israelíes despiertan, según se dice, la admiración del mundo. Pero ¿qué es una democracia cuya política se confunde tanto con la acción de sus servicios secretos? «Toda esta gente se llama Abu», declara un oficial israelí tras el asesinato de Abu Jihad. ¿Recuerda acaso la voz perversa de aquellos que decían: «Toda esta gente se llama Levy…»?

¿Cómo saldrá Israel de ello, y de los territorios anexionados, y de los territorios ocupados, y de sus colonos y sus colonias, y de sus locos rabinos?

Ocupación, ocupación infinita: las piedras arrojadas vienen de dentro, vienen del pueblo palestino para recordar que, en un lugar del mundo, por reducido que sea, la deuda se ha invertido. Lo que arrojan

los palestinos son sus propias piedras, las piedras vivas de su tierra.

Nadie puede pagar una deuda con muertes —una, dos, tres, siete, diez al día— ni entendiéndose con terceros. Los terceros se escabullen, cada muerto llama a los vivos, y los palestinos han penetrado el alma de Israel, trabajan ese alma como aquello que cada día la sondea y la perfora.

Redactado en 1988 por encargo de los editores de la revista *Al-Karmel* (n° 29, 1988, pp. 27-28) con motivo de la primera Intifada, bajo el título «De là où ils peuvent encore la voir» [Desde donde aún puedan verla]. Más adelante recogido en *Deux régimes de fous. Textes et entretiens 1975-1995*, Éditions de Minuit, 2003. Publicado en España por Pre-Textos en 2008.

bauplanbooks.com